

Intermitencias

Historias de faros, señales y destellos

Intermitencias

Historias de faros, señales y destellos

Todos los devechos reservados por Roberto Fernández Ibáñez – 2009 Prohibida su reproducción total o parcial

Intermitencias

Historias de faros, señales y destellos

Roberto Fernández Ibáñez

La palabra faro pudo haberse originado cuando en la isla denominada Pharos fue construida la primera Co quizás la más legendaria) de dichas estructuras, ubicada en las costas de Alejandría. Otros afirman que el término proviene de "Pharah", nombre con el que los egipcios llamaban al Sol.

Y aunque el de Alejandría resulte el más renombrado, el faro más antiguo del que se conserva referencia escrita es el de Sigea (650 a.C.). Construido por los griegos en la costa occidental del Mar Negro, es citado en los relatos sobre la Guerra de Troya.

Según se indica en diversos textos, ya en la Odisea Csiglo I a.C.J Homero habla de los faros, y también La llíada los menciona: "Como aparece el fuego encendido en un sitio solitario de la cumbre de un monte a los navegantes que vagan por el mar abundante en peces, porque las tempestades los alejaron de sus amigos; de la misma manera, el resplandor del hermoso y labrado escudo de Aquileo llegaba al éter", tal es lo escrito en el Canto XIX.

Libios y kutitas construyeron las llamadas "torres de fuego" en las costas del bajo Egipto desde el siglo VIII a.C.

Casa de luz Clighthouse) es la traducción aproximada

del idioma inglés para la palabra con la que se designa a los faros. La expresión es acertada y con cierto sesgo poético.

La figura del faro fue asimilada a otras interpretaciones, y es así que se lo vincula a un guía que nos salva de sucumbir en la oscuridad.

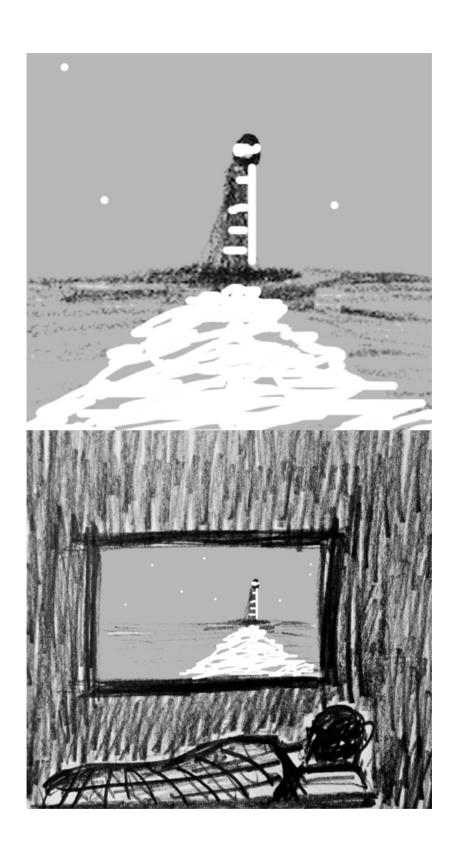
Me encuentro lejos de cumplir tal ambiciosa misión. Esta serie de breves historias no pretende iluminar ni servir de guía a los eventuales lectores.

Ellas apenas cuentan lo que decantó mi imaginación desde que hace más de cuatro décadas atrás llegó a mis manos una historieta ilustrada sobre esta temática.

Muy a mi pesar no recuerdo fielmente sus textos y dibujos. Sólo conservo la sensación de soledad y belleza que podía trasmitir un faro y su guardián a un niño de diez años.

Y casi sin darme cuenta, ahora me encuentro en el alta mar de mi vida adulta, navegando en un océano que aún me invita a soñar, y contemplando una luz que me guiña en la distancia.





Lue lo último que vio antes de cervar los ojos. Un destello lejano, como una estrella apoyada en el horizonte la despedía hasta la mañana siguiente. Mientras reclinaba su cabeza en la almohada, la figura del faro adoptó una posición horizontal, perpendicular a la línea de un mar cada vez más oscuro.

Se vio a sí misma como un barco que deliberadamente había dejado caer el ancla en las profundidades sólo para contemplar en la lejanía aquel brillo que había guiado a tantos aventureros, exploradores y soñadores. Y precisamente eso iba a hacer en ese instante: soltar amarras desde la costa de la vigilia para mecerse en oleaje sereno que la conduciría al país de los sueños.

¿Con qué elegiría soñar? Nada en particular. ¿Qué mejor sueño que la realidad que estaba viviendo? Luz: ese sería el sueño, que a la vez era el momento vívido.

Se encontraba lista para dejar que la mirada se fuese haciendo progresivamente más borrosa a medida que la oscuridad invadía el cuarto sencillo. Claro que la oscuridad nunca era completa: el faro estaba allí.

- Buenas noches, faro - susurró.

Ya estaba dormida cuando un tenue haz de luz cruzó la habitación e iluminó la cabecera de su cama.

Luz un favo se hace con luz

en una noche sin luna
bajo ese brillo se agrupan
rocas que eligen los hombres
para que nazca un destello
allí donde mar y tierra
se juntan o se separan

es desde la luz que nacen
todos los faros del mundo
con un fulgor invisible
que sólo se manifiesta
en ciertas manos que unen
una piedra y otra piedra
hasta que de las alturas
se moldea su figura

esto puede sorprender

a quienes creen que fueron

testigos del nacimiento

de un faro que hoy nos alumbra

y sólo vieron crecer

en la tierra un edificio,

una vulgar estructura

sepan todos los que buscan una señal que los guíe cómo es que nacen los faros: un faro se hace con luz en una noche sin luna para esa y todas las noches

Conocía de memoria cada escalón de aquella espiral gigantesca. Sabía cuándo detenerse para recuperar el aliento, cuál peldaño debía ser salteado a causa de un prematuro desgaste, y hasta reconocía cierta musicalidad que la escalera le devolvía como dándole una bienvenida a medida que se acercaba a las alturas.

No estaba loco: la escalera le hablaba. Eran monólogos muy breves, y había que estar atento para escuchar, descifrar, interpretar.

En las noches de tormenta, cuando la soledad parecía filtrarse del mismo modo que el viento entre las piedras y los postigones del faro, la escalera cantaba con un susurro apaciguador que a veces lo conducía al sueño.

Quizás fue esa confianza en las señales sutiles la que había salvado su vida. Llevaba más de la mitad de su ascenso cuando una madera crujió de manera diferente a la acostumbrada.

Se detuvo para prestar atención al sonido que había cesado y que ahora estaba en su memoria reciente.

- "No", le había dicho la escalera con voz gutural, o por lo menos eso le pareció haber oído desde la sequedad de la madera añeja.

Obedeció y permaneció quieto. Se tomó del pasamanos mientras veía caer al vacío el tramo formado por los siguientes cinco escalones. Pasaron unos segundos antes de escucharse el estruendo cincuenta metros debajo.

Se dio cuenta que estaba temblando cuando giró lentamente y se apoyó en la suave curvatura de la pared de piedra.

Pensó que era una lástima que no hubiese nadie con quien compartir su miedo y más aún, su certeza, su absoluta certeza.

- "Gracias", dijo en voz alta sin esperar respuesta, y emprendió el descenso.

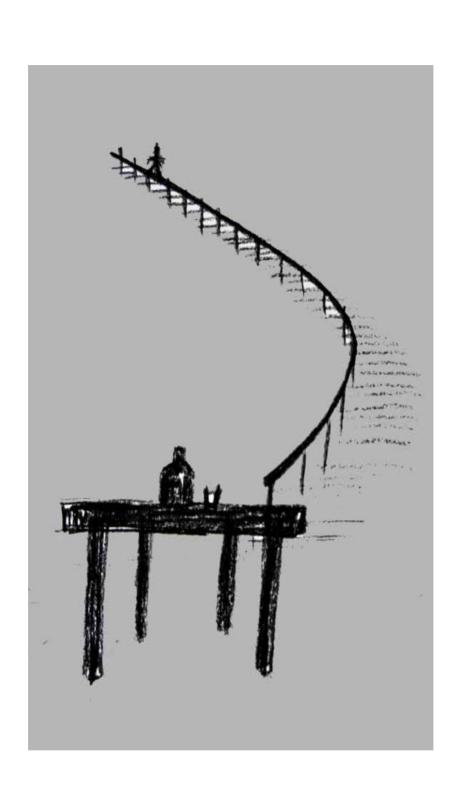
Bajó tan lentamente como había subido, tratando de adivinar en la penumbra la botella de cognac que lo esperaba muchos metros más abajo. Mañana comenzaría la reparación de la escalera que al igual que él, estaba herida, mutilada por el uso y el tiempo.

Cuando llegó al final, tomó la botella y con pulso claudicante sirvió un poco en el pequeño vaso.

- "Salud", gritó en aquella caverna vertical mientras tomaba de un trago el licor que reservaba para ocasiones especiales.

- "Salud" - creyó escuchar antes de caer exhausto en el piso empedrado.

Seguramente sólo había sido el eco.



— Wa estoy viejo, amigos, y los he convocado en este faro para hablarles de un secreto que no me estaba permitido develar hasta ahora. A partir de hoy serán sus nuevos custodias.

Los tres hombres que lo escuchaban presentían la enorme responsabilidad que su maestro les estaba legando. A través de una ventana circular de escaso diámetro se alcanzaba ver el mar en calma. En el interior del faro reinaba un silencio mágico, apenas interrumpido por el canto de una gaviota perdiéndose en la distancia.

El anciano continuó:

- Como saben, la soledad fue mi aliada durante estos años de cuida faros, o como quieran llamarme. Y les confieso que es un hermoso oficio ser un servidor de la Luz. Ustedes tres serán quienes darán continuidad a una tradición que desde hace varios siglos se ha mantenido oculta. Seguramente, y como parte de su aprendizaje, habrán oído la leyenda que hablaba acerca de una lámpara encendida que se halló dentro de la cámara sellada de una pirámide. Sus descubridores no se explicaban cómo había podido mantenerse así durante siglos, sin nadie que sustentase su combustible. La describieron como un intenso resplandor rojizo que parecía emanar de una pequeña piedra dentro de una linterna de cristal. Prometieron guardar el secreto hasta que diesen con los descendientes de quienes habían creado aquella maravilla.

Sabían que los que sólo perseguían la riqueza y el poder eran capaces de llegar al crimen y la tortura para obtenerla.

Resultó que yo era uno de aquellos cuyo parentesco (llamémosle hermandad) me ligaba a la comunidad de los iniciados en la alquimia. Quienes la buscaban como parte de su desarrollo espiritual, dedicaban su vida al estudio y la práctica.

Fui un privilegiado por el destino al concederme los conocimientos para la transmutación. Desde mi adolescencia, mi abuelo y mi padre me fueron enseñando el arte de modificar la materia, aún en sus estratos más básicos.

Según se dice, la Piedra no sólo generaba luz: también era un vehículo para transmutar metales, y por eso ha sido tan codiciada.

Los he seguido de cerca sin que ustedes se percatasen y les pido disculpas por ello, pero era necesario evaluar su progreso en la investigación de nuestro Arte.

J por sobre todas las cosas, verificar su capacidad de ayuda al prójimo. En esta época son pocos los que aún siguen los pasos de la Obra para beneficio de los demás. Por eso les pido permiso para ayudarlos a culminar el largo proceso que han elegido.

He dividido mi Piedra en tres partes, cada una de las cuales está ahora en sus manos. Sólo deben macerarla sobre fuego moderado en los crisoles de que ya disponen. Al enfriarse y secarse obtendrán un polvo de color rubí que multiplicará la materia que obtuvieron a lo largo de estos últimos años. Una vez en contacto con este polvo de proyección, verán cómo se convierte en oro de la más alta calidad.

Ese momento marcará el comienzo de su tarea, que será transmutar el metal en energía pura. Aquí les dejo escrito el procedimiento para lograrlo.

Cada uno de ustedes será por una noche, una vez al año, el respectivo guardián de tres faros situados en la costa de este pequeño país en América del Sur.

Durante algunos días los guardafaros habituales no concurrirán a su trabajo: a su debido tiempo, cada uno de ellos recibirá una citación por parte de autoridades superiores y deberán estar presentes en la convocatoria. Ustedes los sustituirán durante una semana.

La noche del solsticio de primavera pondrán su Piedra en la cúspide del faro, pero no encenderán los reflectores. Le darán calor con el Fuego de los Filósofos por ustedes conocido, hasta que comience a brillar gradualmente, con un resplandor tenue que se irá acrecentando en el transcurso de diez minutos.

No teman por su vista: esa luz no daña los ojos por más intensa que sea. El aura emitida alcanzará tal luminosidad que parecerá que el faro fue encendido de la manera usual.

Pero ustedes y también los tripulantes de tres barcos que estarán esa noche en las cercanías, sabrán que esa Luz es una señal para que otro proceso de la Obra siga su curso.

Los faros alineados trazarán un rayo de luz que se formará durante apenas unos segundos, lo suficiente para que la Energía se mantenga intacta, como lo fue durante siglos.

Entre ellos y los barcos, donde otras Piedras similares recibirán el haz luminoso, se formará un puente de energía uniendo el mar y la tierra. La Obra no perdurará si eso no se cumple.

Cada faro estará cumpliendo la función de un polo energético en la tierra, y cada uno de los tres los barcos, un polo en el mar.

No se trata sólo de campos eléctricos, magnéticos y gravitatorios: gracias a la Piedra estamos manejando energía en su estado primigenio.

Cumplido ese instante maravilloso, los barcos retornarán a su puerto de origen llevando nuevamente la llama de la sabiduría a su tierra natal. Es como el fuego que se trasmite de una vela encendida a otra, y así sucesivamente. Las velas son distintas, pero el fuego es el mismo.

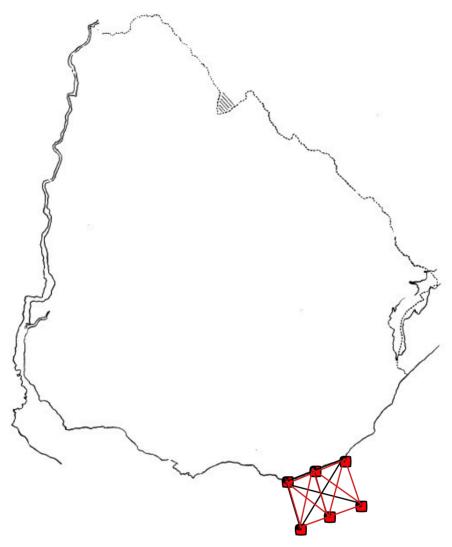
Así fue desde el principio. Esa forma de energía descubierta hace muchos siglos debe ser preservada hasta que tengamos la certeza de que el ser humano está en condiciones de utilizarla sólo con fines pacíficos y altruistas.

Las fuerzas de la Naturaleza no son más que eso: campos de energía. En comunión con ella, somos sus aliados. Una vez roto el delicado equilibrio, nos transformamos tácitamente en sus enemigos. Qué simple y a la vez qué complejo es todo, ¿verdad?

Los tres invitados se miraron en silencio. Sus ojos transmitían mejor que las palabras el compromiso de amor fraternal que estaban asumiendo.

- Me siento muy cansado. Ya no deseo más Elixiv, ya hice y dije todo lo que debía ser dicho y hecho. He decidido partir hoy mismo. La Obra queda en sus manos y sus corazones. Hermanos (ya los puedo llamar así), hagan buen uso de ella. Vayan en paz.

Lo vieron regresar a su habitación sencilla, tan sencilla como puede ser un dormitorio de paredes de piedra situado en el rincón de un rústico faro en un país del sur de América.



Colocaron sus Piedras en las bolsas de algodón y lino confeccionadas por manos anónimas centenares de años atrás, y que aún se conservaban intactas.

Se despidieron de su Maestro haciendo una reverencia en dirección a la puerta cerrada de la sala donde ahora descansaba, y se dirigieron cada uno a sus vidas independientes. Sólo habrían de encontrarse indirectamente, cuando en una noche de primavera, un extraño rayo rojizo uniese tres faros de la costa uruguaya y tres barcos en alta mar.

La Obra seguiría viviendo, latiendo, esperando.

Deguramente no es tarea fácil ser guardián de un faro. Sobre todo cuando no se contó con alguien para enseñarle cómo sobrevivir en él.

Llegó allí un atardecer de verano sorteando los charcos que se habían formado entre las rocas, y esquivando con saltos ágiles las olas que amenazaban empaparlo.

Una vez dentro procedió a hacer un recorrido minucioso por cada uno de sus rincones, hasta que aprendió de memoria su geografía.



No le importaba estar un tiempo en soledad.

Por el contrario, era un buen momento y lugar para recuperarse de algunas heridas recibidas en batalla.

El corte en su oreja izquierda había dejado de sangrar, y las magulladuras de su cuerpo estaban desapareciendo.

Subió la escalera empinada y se acostó en el piso de la parte más alta de aquella extraña estructura.

Estaba a salvo y se sentía el guardián del lugar.

Ya se las ingeniaría para conseguir alimento. Ahora era momento de dormir, restablecerse, descansar.

Por lo demás, no tenía mucho apetito, y a su entrada en aquel sitio ya había detectado su desayuno para la mañana siguiente. Quizás no fuese tarea fácil ser guardián de un faro, pero ya se estaba acostumbrando.

Sólo debía hacer lo que siempre había hecho: sobrevivir con lo que se encuentra.

La luna alumbraba la habitación vidriada, que había permanecido desierta durante varios años. Pero a partir de esa noche, el faro tuvo un nuevo guardián.

Si alguien se hubiese aproximado lo suficiente a la cúpula, habría visto un par de minúsculas estrellas en la oscuridad de la sala que antes había sido ocupada por espejos y reflectores.

La luz de la luna inundaba el recinto, haciendo brillar en la penumbra los ojos del guardián del faro.

Todo era calma y silencio. En ese lugar se estaba muy bien. Pensó que podría quedarse allí por siempre, y quizás eso haría.

Se durmió emitiendo un suave ronroneo.

A veces también los gatos buscan un espacio y un tiempo para vivir en soledad.

Abía llegado a la isla siguiendo las instrucciones escritas por el actual guardafaros. Amarró su bote al muelle, junto a una pequeña barca que se mecía a modo de bienvenida. Con la carta aún en su mano abrió la pesada puerta sin llamar, tal cual le había sido indicado.

Dejó sus pertenencias en un recodo del vestíbulo y se sentó a la mesa, donde una cena para una sola persona lo esperaba: un plato, un juego de cubiertos, una copa y una fuente cubierta parcialmente por una tapa de porcelana, de donde emanaba el aroma de una sopa recién hecha. Se sirvió un poco de agua del botellón y brindó a la salud de su desconocido anfitrión. Después del segundo plato recobró fuerzas y continuó leyendo las indicaciones.

 - "Encontrarás otra carta en la biblioteca que está a tu derecha" - finalizaba el texto manuscrito con buena caligrafía.

La hoja mencionada sobresalía apresada entre dos pesados volúmenes de cartografía.

La abrió y continuó leyendo:

- "Sube hasta la cima del favo, teniendo precaución en el segundo tramo. Allí hay un dintel con el que siempre me golpeo. Esa puerta es muy baja. Sigue subiendo sin mirar atrás, no intentes volver sobre tus pasos. Es una orden.

Al llegar a la parte más alta encontrarás la última carta, y luego serás dueño de hacer lo que quieras. Yo estaré partiendo a mi nueva vida, con una merecida jubilación (jubileo!).

Me dedicaré a tomar cerveza y a contar en las tabernas algunas historias reales y otras inventadas. En particular, hablaré de cierto faro del que desde hace cinco generaciones atrás, jamás se supo quién era su guardián."

La carta seguía:

- "Los escasos visitantes que llegaban a la isla nunca pudieron ver al guardafaros en acción y se corrió la voz de que quien lo encendía era un espectro, por más que los elementos que se veían en su interior delataban una presencia humana. Había pasadizos secretos y puertas ocultas que le permitían esconderse y observar hasta que los curiosos se iban. Nadie se atrevía a robar nada del lugar por miedo, superstición, y sobre todo porque presentían que el espectro los observaba. Los proveedores tenían orden de dejar víveres e insumos en el gran cofre que viste a la entrada, junto a la puerta. Allí les esperaba un sobre con la paga.

Si quieres, te invito a jugar mi juego y continuar la historia durante una generación más.

Si estás de acuerdo, enciende el faro mañana al mediodía en punto. Tomaré tu señal como una promesa, y esta misma noche haré que siga vigente la leyenda.

Hablaré de ti sin conocerte, y todos sabrán que el espectro del faro jamás morirá. Aunque quizás esto a pocos le importe salvo a ti, a mí y a los barcos que nos necesitan.

P.D.: Si aceptas, mañana cuando enciendas el faro a mediodía, algo te indicará dónde está el mapa de su interior. Confío en ti".

No había firma, no era necesario. Miró por la estrecha ventana de la cumbre del faro y vio alejarse un bote en cuyo interior se divisaba algo que parecía una valija, y en el que un hombre abandonaba la isla remando hacia la orilla distante.



La noche siguiente fue una velada colmada de cerveza y de sorpresas.

Sentado a la mesa de una taberna costa adentro, un hombre contaba historias de faros, barcos y tempestades a una decena de parroquianos que lo escuchaban incrédulos y atentos.

Y en un rincón de un faro perdido en un archipiélago, alguien con un mapa antiquísimo lleno de pistas y pasadizos pasaba a ser el nuevo espectro de aquel sitio.

La nave surcaba las aguas del océano sin siquiera provocar una ola. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que abandonó el puerto?

El timonel no lo recordaba. Seguía aferrado a aquella circunferencia de madera que guiaba los destinos de la embarcación, algunas de cuyas partes relucían más que otras debido al lustre involuntario producido por sus manos, aferradas día y noche a su estructura.

Día y noche... Para él, apenas tenían sentido esas palabras. Había desaparecido todo recuerdo de cuál era su misión y el motivo de encontrarse allí. Por el momento, sólo se limitaba a conducir. En ocasiones lo asaltaban dudas y en otras, certezas, aunque mucho más de las primeras.

¿Dónde se encontraba exactamente? ¿A qué se debía esa niebla que parecía perseguir a su barco? ¿O sería que en realidad era él quien seguía a la niebla? El horizonte, la tierra firme, parecían espejismos que se formaban y disolvían con igual facilidad ante su mirada escudriñando entre la espesa bruma.

Y el silencio, que todo lo envolvía como una nube blanca, no ofrecía un canto de gaviota que sirviese para orientarlo. Allí estaba, a merced de las circunstancias, esperando.

De eso estaba seguro: debía esperar hasta que una señal llegara a percibirse, dándole una indicación para entrar en acción. Como por ejemplo, ahora. Distinguió nítidamente la luz que se encendía y se apagaba, un brillo fulgurante ante el cual reaccionó virando rápidamente el timón hacia la izquierda. Como otras veces, comenzó a recordar la razón de su existencia, aunque quizás ese no fuese el término más adecuado para la situación. Su misión era simple: no colisionar contra la costa, en la que creía adivinar en la distancia la presencia de seres que nunca se percatarían de la suya. Dio gracias de haber estado lo suficientemente alerta para evitar lo que seguramente habría sido una catástrofe.

O quizás, no.

¿Quién lo sabe?

¿Habría sido real el destello que lo hizo reaccionar? ¿Era verdadero ese faro surgiendo entre la niebla, un faro que jamás vio en su totalidad, apareciendo en una orilla difusa que bien podría haber sido la de cualquier playa o costa del mundo?

Cuántas preguntas, qué pocas respuestas, y otra vez el olvido que se apoderaba de él para sumergirlo nuevamente en un eterno vagar entre las brumas del mar y la memoria.

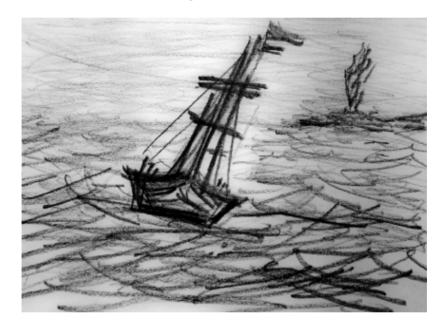
Algo sí es cierto: es imprescindible el destello de un faro fantasma para dar señales a los barcos fantasmas.



O había casi tiempo, debía actuar de prisa.

Logró ver a través del catalejo al barco que se aproximaba desde el horizonte lejano pocos momentos antes de que la niebla lo envolviese. Ya no era posible divisar sus velas, y del mismo modo, la embarcación no podría ver el faro a menos que la llama se encendiese inmediatamente.

Aquel año las tormentas se habían sucedido una tras otra con una intensidad y duración inusuales.



No recordaba un invierno tan frío, al punto tal que la leña escaseaba en todo el poblado costero. Como era de esperarse, no recibió la leña que estaba solicitando desde hacía varias semanas atrás como combustible para encender el faro, y había gastado los últimos atados la noche anterior. Según las informaciones, el de esta noche sería el último barco en llegar a la zona: era el cargamento final de sedas y especias. Y además, el clima evitaría que otros barcos zarpasen por un largo período.

Quizás esta era la última actividad del faro (torre de fuego, como en realidad se les denominaba a estas construcciones), el cual seguramente quedaría fuera de acción por largos meses.

Imaginó a los marinos desorientados en medio de la bruma, con una visibilidad de escasos metros, y procedió como todas las noches a encender el faro, aunque esta vez de manera diferente.

Ni siquiera se molestó en quitar de su interior las escasas pertenencias: otro faro sería construido y una nueva vida le esperaba. Quizás allí mismo, pero distinta.

Su nombre quedaría grabado en la memoria de marinos y pobladores. I si no era recordado por el nombre, poco importaba: todos lo tendrían presente como el hombre que salvó la vida de un centenar de tripulantes en una noche de tormenta de 1866.

Jamás una torre de fuego llevó un nombre tan apropiado, pensó, mientras encendía su faro dando alerta al barco que se aproximaba, mientras con lágrimas en los ojos veía arder desde su base a aquella vieja estructura de madera, como una gigantesca antorcha iluminando el cielo nocturno.

ava la historia, no existivé. Quizás apenas me recuerden como un vulgar mercader de Edessa, que de hecho, es lo que soy. Eso no importa ahora, nieto mío. Sólo cuenta lo que a partir de hoy pienses de mí, y lo que harás con tu herencia.

Es cierto que arruiné a nuestra familia, que perdí todas las riquezas que recibí del padre de mi padre, que nuestras posesiones son apenas esta humilde casa y un par de camellos tan maltrechos como yo.

Pero has de saber que la riqueza no es capaz de colmar al espíritu que hace grande al ser humano. Él se nutre de la imaginación de los soñadores, la destreza de los artesanos, del genio de los artistas.

¿De qué sirve la riqueza sino para preservar la memoria de lo que fueron sus actos creativos, de su legado a la humanidad?

Quizás fue un acto irresponsable de mi parte, pero no pude evitarlo. Esa maravilla habría sido destrozada, despedazada, vendida como simple metal fundido.

Cierto es que la Naturaleza muchas veces destruye la obra del Hombre, pero en ocasiones tenemos la oportunidad de conservar los restos de su furia.

Fue así que decidí rescatar del asedio de la Naturaleza y de la ambición de los hombres lo que verás en esta cámara subterránea, una obra maestra de ingeniería hecha con mis manos, con su puerta horizontal que se desliza a ras de tierra, disimulada entre arbustos y rocas en medio de la llanura.

- Nadie salvo ahora tú, sabe de su existencia. Demoré años en construir este recinto y empleé mil doscientos camellos para transportar la reliquia que verás en unos momentos, cada parte por separado. Luego de hecho el escondite comencé la reconstrucción de las piezas. El terremoto lo derribó desde la altura de sus rodillas, por lo que la parte inferior de sus piernas quedaron unidas a los pilares en los que se apoyaban. Se mutiló su cabeza, y separado del tronco quedó el brazo sosteniendo la copa en la que por las noches se encendía el fuego para orientar a los barcos que llegaban al puerto. Déjame vendarte los ojos antes de bajar al fondo de la cámara. Una vez abajo lo verás en todo su esplendor.

Tomó de la mano a su nieto y lo ayudó a descender, mientras le comentaba entre risas:

- Algunas noches me divierto abriendo la puerta corrediza y encendiendo una hoguera en el interior de la copa. Entonces una luz brilla en la llanura y nadie se explica tal fenómeno, ya que cuando más tarde se aproximan, no advierten la entrada escondida en la tierra.

Esta es tu herencia: un trozo de metal que será recordado como una de las más grandes creaciones de todos los tiempos, créeme.

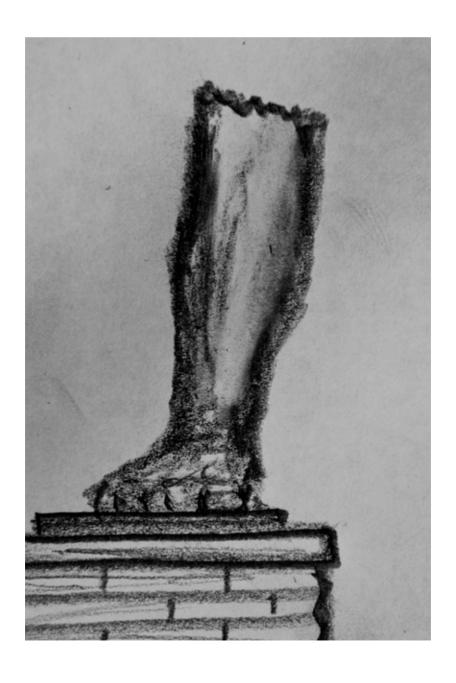
Presérvalo hasta que sea el momento oportuno para devolverlo al lugar que pertenece.

Tú sabrás cuándo".

Al llegar al fondo del pozo, el viejo retiró la venda de los ojos del muchacho, ahora testigos de una pieza desaparecida hacía más de ocho siglos.

Con el brazo en alto sosteniendo una inmensa copa en cuyo interior una hoguera sería encendida esa noche por las manos de un muchacho, con la mirada enfrentada no al horizonte sino a una pared de piedra de una cámara escondida bajo tierra, se alzaba desde las rodillas hasta los veinte metros que quedaban de su figura, la imponente imagen de Helios, el Coloso de Rodas.

...×××...





Allá está el faro, me digo mientras enderezo la proa de mi maltrecho barco hacia la luz distante. En los costados, su nombre es ahora apenas legible, y no sé si valdrá la pena retocar su pintura.

"Vagabundo" se aproxima a sus cincuenta y cuatro años a la deriva, deteniéndose esporádicamente en ciertos puertos amigables en los que se siente seguro, y sin los que ninguna travesía habría sido posible.

No es que sea aventurero: todo lo contrario.

Como tripulante de esta embarcación (no sé si puedo catalogarme de conductor) sólo me limito a soltar amarras de vez en cuando y dejar que las corrientes me conduzcan hacia la construcción de mi propia historia, que es la historia de esta nave errante. No tomo iniciativas, o por lo menos eso es lo que pienso.

Aunque el asunto no es tan simple: el hecho de abandonarse a los designios de vientos y mareas es de por sí una actitud premeditada.

y el dejarse atraer por destellos lejanos, también.

¿Qué será aquello? ¿Un faro que me llama o una estrella que me guía?

Poco importa: como un insecto deslumbrado por una lámpara, me acerco por simple curiosidad.

Faros o estrellas atraen como un imán poderoso a esta insignificante partícula hasta que otro imán entre en escena y unelva a desviar su trayectoria.

Pero ahora hay un faro a la vista: diviso nítidamente su figura como un dedo índice saliendo de la tierra, una figura a la vez discreta y majestuosa que señala.

¿Qué es, concretamente, lo que señala? ¿El peligro que circunda su geografía o la seguridad de sus orillas? ¿Acaso eso importa cuando se estuvo más de medio siglo en mar abierto?

"Vagabundo" sabe que algo más crucial le espera a medida que se aproxima al destello intermitente.

Las estrellas nos hacen levantar la vista, tomar consciencia de nuestra pequeñez, de saberse entidades itinerantes en el tiempo y el espacio.

En cambio, los favos nos hacen bajar la mirada a ras de mar o tierra.

Un favo en la distancia es mucho más que una señal: es una opción.

Los taoístas tenían una cosmología que parece muy acertada para este tipo de situaciones. Hablaban de los números y de cómo se generaban todas las cosas a partir de la dualidad. En el Vacío todo es latencia, todo es posible. Si en él aparece una línea, el número Uno entra en escena.

Él genera el concepto de Dos, al dividir el espacio en izquierda y derecha. Del uno y el dos nacía el número Tres, y así se producía la infinidad de todo cuanto existe.

Mi caso es más limitado: estoy en alta mar aproximándome a un faro desconocido, una línea vertical partiendo en dos el paisaje, invitándome con su sola presencia a que opte por uno de los dos caminos que se abren a cada uno de sus lados.

Quizás uno me conduzca a una nueva bahía, tal vez el otro me lleve a un mar nunca antes navegado.



Así es a cada instante. Todo momento es un faro que nos espera, un futuro impredecible que aguarda a que elijamos nuestros actos, palabras o pensamientos.

La corriente me lleva, es cierto, pero un timón palpita bajo mis manos.

y hacia allí me dirijo.

Roberto Fernández Ibáñez nació en Montevideo en 1955. Complementando su actividad en el ámbito fotográfico nacional

e internacional, diseña y realiza libros hechos a mano que

incluyen fotografía, haiku y prosa de su autoría.

Su obra se cita en antologías, ensayos y publicaciones, tales como "Alaska Editions – Contemporary Photography #2" (Londres, Reino Unido), "Image and Memory: Photography from Latin America 1866–1994" (Houston, U.S.A.), "Diccionario de la Cultura Uruguaya" (Linardi y Risso, Montevideo, Uruguay), "Orientalismo en el Modernismo Hispanoamericano" (Araceli Tinajero, Purdue University Press, U.S.A.), "Premio Descubrimientos 2004, Festival de la Luz" (Ediciones Larivière, Buenos

En 1999 obtuvo Primer Premio en el V Salón Municipal de Artes Plásticas (Montevideo, Thruguay). Desde 1985 expuso en galerías, universidades y museos de Thruguay, Argentina, Brasil, Estados Thridos, el Caribe, España y Holanda, en eventos tales como Foto Fest '92 Houston, USA (Invitado de Honor), y Festival de la Luz, Buenos Aires, Argentina, donde fue distinguido con el Premio Descubrimientos 2004.

Lives, Ergentina).

En 2007 fue uno de los nueve fotógrafos seleccionados a nivel mundial para exponer en Foto Fest International Discoveries, Houston, U.S.A.

Poseen sus trabajos colecciones privadas en Brasil, Argentina, U.S.A. y Uruguay. Su obra está en la colección permanente del Museum of Fine Arts Houston, U.S.A.

Sitio web: www.robertofernandez.com.uy

Contacto: vobertofernandezibanez@gmail.com